

Dios es **SOLO** amor



Dios es SOLO amor

PRESENTACIÓN ÚTIL

Yo era un campesino pobre del centro de Italia, trabajábamos en la finca de un terrateniente. En 1948, después de la II guerra mundial, oía que ponían en la prisión a los campesinos que reclamaban tierra para sus familias, sin que yo comprendiera mayor cosa.

Aquello, creo, no entró en mí como resentimiento contra los ricos terratenientes sino simplemente quedó como recuerdo de infancia, sin trascendencia... o, tal vez, sí.

Entré al Seminario menor de los franciscanos de Asís; profesé en julio de 1958 y fui ordenado sacerdote en 1962, cuando empezaba el Concilio Vaticano II.

Este gran acontecimiento impactó mucho mi formación sacerdotal incipiente y mi apostolado futuro, en forma y contenido. Me sentí con un pie en lo antiguo y con el otro en lo nuevo.

Haciendo los estudios teológicos junto a un fraile nicaragüense, me nació el deseo de ir misionero a Nicaragua. Los superiores me dejaron partir 11 años después de la ordenación sacerdotal, en 1973. Tenía 37 años de edad.

Viajé en el transatlántico Rossini que, desde Nápoles, terminaba su carrera en Santiago de Chile, pasando por el Canal de Panamá.

El trayecto Panamá – Nicaragua lo hice en Tica bus.

Durante el largo viaje de 13 días, ocurrieron tres episodios muy significativos para mí.

Uno se dio durante la navegación, el 11 de septiembre. Observaba con curiosidad cómo un grupo de hombres y mujeres escuchaban,

alegremente excitados, la voz también excitada de un enorme aparato radio. Me dijeron que eran empresarios chilenos. Muchos meses más tarde, recordé y entendí que estaban escuchando la noticia del bombardeo del palacio de la Moneda, de parte de Pinochet.

El segundo episodio, entre lo trágico y lo cómico, me pasó en la frontera de Nicaragua. Llevaba una caja de libros, escritos en italiano; uno de los libros era de Carlos Carretto, titulado “Lo que cuenta es amar”; pero en italiano el que se escribe che. ¡Se armó un gran lio, por aquello del Che Guevara!

El tercer episodio fue de signo muy distinto.

Al llegar a la terminal de Managua, estaba esperándome un buen hermano fraile. Me dijo que, camino al convento, me llevaría a dar una vuelta por el casco urbano, completamente destruido por el terremoto del año anterior. El fraile me dijo que la gente comentaba que había sido un castigo de Dios porque se estaba bailando siendo el ante vigilia de Navidad. Perturbado, contemplaba esa gran ruina: casas de uno o dos pisos arrasadas, causando miles de muertos, gente de clase media-pobre. De repente, en medio de tantos escombros se apareció un edificio de muchos pisos, enterito, sin un rasguño. Casi grité ¿y este? El buen fraile no se dio cuenta de mi asombro, y con el tono de un guía turístico distraído, respondió: “Ese es el Banco de América”. No hablé más, **y el Hermano se sorprendió de mi silencio.**

¡Ese escenario tan contrastante me hizo perder la “inocencia” social e ideológica que traía de Italia!!

Sentí un destello en el cerebro, comprendí que Centroamérica era como ese escenario: miles de casas pobres arrasadas y un Banco de América en el medio, fuerte y seguro, como quien dice ¿Y qué? ¡El dinero es mío y hago con él lo que quiero!

En ese mismo momento vino a mi corazón y a mi mente una buena inspiración: “En medio de esta gran desigualdad, emplearé toda mi vida de sacerdote actuando en favor de los pobres y enseñando consecuentemente. Buscaría las verdaderas causas de los sufrimientos, y también liberaré a Dios de la calumnia de ser él la causa de los mismos. Buscaré una filosofía y una teología de la historia que demuestren que las desgracias de los pobres se originan en mentes egoístas, y que la muerte de los pobres, en el terremoto por ejemplo, no viene de Dios sino de la irresponsabilidad y del robo de los que construyeron mal los edificios”.

Este librito testimonia que esa inspiración no fue en vano.

Lo aquí expresado será aquí muchas veces expresado, pero “en barreno” y en círculos concéntricos, es decir: aclarando cada vez más y desde diversos ángulos.

PREMISA IMPORTANTE, antes de atreverme a mostrar caminos teológicos nuevos.

Para legitimar nuevas interpretaciones de algunas verdades cristianas, traigo a colación lo que el Papa emérito Benedicto XVI dijo al clero de Roma, el 2 de marzo de 2007: “La teología ha sido siempre múltiple: la escuela franciscana, la escuela dominica, y otras. Como hemos dicho, la Palabra de Dios es siempre más grande; por eso no podremos agotar jamás el alcance de esta Palabra, y se necesitan enfoques diversos, diversos tipos de reflexión. El teólogo trate de encontrar pistas que respondan a las exigencias y a los desafíos de nuestro tiempo, siendo siempre consciente que todo esto se basa en la fe de la Iglesia”.

He aquí el principio exegético de Papa Francisco, también hablando al clero de Roma: “Desarrollar una doctrina no es borrarla; significa adecuar las respuestas de un contenido perenne a los tiempos que se están viviendo, para una mejor comprensión de la verdad nuclear” (6. 12. 2013). La evolución del dogma es un desarrollo orgánico del tema, que permanece fiel a su propia identidad. Como un niño que va creciendo pero siempre guardando su identidad.

PARTE I

Capítulo 1

UNA NUEVA VISIÓN DE DIOS

- **Dios es amor infinito, in-condicional, gratuito.**
- Todo lo bueno viene de Él. “Tú eres el bien, todo bien, sumo bien...de quien todo bien procede” (San Francisco de Asís).
- Nada de lo malo, que atemoriza o hace sufrir, viene de Él ni está permitido por Él.
- Nos ama aun cuando estamos pecando.
- El río de su perdón sigue fluyendo hacia nosotros, como el “amor de entrañas” de una madre, aun cuando no nos arrepentimos. Si le abrimos la puerta del corazón, Él entra y “cena con nosotros” (cfr. Ap. 3, 20). Lo triste es cuando le cerramos la puerta y su amor de perdón no puede entrar. Su amor ciertamente fluye hacia nosotros pero si le cerramos la puerta quedamos sin vida. Hay un Dador de amor pero no hay un receptor.

¡Abramos la puerta a su amor!

Algo nuevo está naciendo; una luz nueva se cierne sobre nuestra imagen deslucida de Dios. Es el cambio más grande y más gozoso que la humanidad ha visto en estos dos mil años.

Hasta hace apenas unos decenios, pesaba sobre nuestra generación la imagen de un dios castigador, arbitrario, antojadizo.

Pero, ya algunas voces de la alta Jerarquía católica están diciendo cosas nuevas.

En 1999, proclamado año del Padre en vista del año jubilar 2000, el CELAM (Consejo episcopal latino americano) envió un mensaje a los cristianos de Latinoamérica. En el párrafo más significativo se lee lo siguiente: “Este año debe servir para espantar del alma humana esas caricaturas de Dios que tanto daño nos han hecho y siguen haciendo... la caricatura de un dios castigador, justiciero, arbitrario, antojadizo”. El mismo año, desde Roma, el Papa Juan Pablo II proclamaba que el infierno no lo hizo Dios, ni es Dios quien manda al infierno (Audiencia general del 28. 07.1999). Eso significa que Dios tampoco hizo el “infierno” de las enfermedades y de la muerte (cfr. J.P. II, Mensaje para la Jornada por la Paz del 01.01.2005).

Dice el Apóstol Juan que Dios es amor (1Jn. 4, 16-18). Él no es alguien que tiene amor sino alguien cuya naturaleza es amor, y no otra cosa. Todo lo que hace sufrir y morir no viene de Él; solo lo bueno viene de Él, directa o indirectamente. Es amor de padre y madre, que no excluye a ninguno de sus hijos. Él ha enviado a su Hijo para que tengamos vida en abundancia (Jn. 10, 10); y quiere que todos se salven (1Tim. 2, 4). El amor incluye a todos y siempre; lo que sólo podría alejar de este amor sería el rechazo libre de la verdad y del amor de parte del ser humano, por el libre albedrío. Se puede dar la auto-exclusión, nunca la exclusión de parte de Dios.

A este punto, la pregunta que muchos teólogos se hacen es: ¿Existirá alguien que quiera auto-excluirse? ¿No encontrará Dios, con su infinita ternura y sabiduría, una forma de seducir aun al más reacio? ¡No se puede no pensar en el ladrón y asesino, crucificado junto a Jesús, quien superó su auto-exclusión de toda la vida en los pocos instantes que sufrió junto a Jesús! ¡Dios es grande y “su brazo no está amarrado”, ni siquiera está amarrado a los sacramentos o a la Iglesia visible. Su gracia y su amor van más allá de nuestra imaginación. Si el infierno existe, así como lo imaginamos nosotros, ciertamente no lo hizo Dios, como afirma Juan Pablo II.

Tú Señor, tomaste la iniciativa de crearnos y ponernos en el camino del cielo donde llegaremos a ser plenamente “partícipes de tu divina naturaleza”; nos ponemos en tus manos amorosas. ¿Cómo hemos podido concebirte tan mezquino, tan semejante a un ser humano, que se pone furioso si no se le hace caso, que se venga y descarga todo su poder sembrando llanto, gritos y muerte? Tu omnipotencia es del todo diferente del concepto que los humanos tenemos de ella: tu omnipotencia “se expresa sólo en el amor” (Benedicto XVI, Audiencia general, 30.01.2013). ¡Gracias Señor, por ser muy diferente de cómo te imaginábamos! Tu Hijo Jesús hizo de todo para que comprendiéramos cómo realmente eres, contándonos la parábola del hijo pródigo. En realidad, esa parábola debería llamarse “del padre amoroso”; por eso, por un nombre pecado-céntrico, no la hemos comprendido a cabalidad.

Entendemos, Señor, que ¡la nobleza obliga! Si tú eres así de bueno, de misericordioso, nosotros tus hijos debemos reflejarte así ante todos nuestros hermanos y hermanas del mundo; con nuestro comportamiento, razonamiento y testimonio.

Contribuiremos, Señor, a que tanta gente que se había alejado de ti por temor, regrese a la casa paterna, arreglada a fiesta. También, queremos hacernos un corazón limpio y generoso para perdonar y

bendecir a quien nos maldiga, y para perdonar setenta veces siete. Queremos dejar de mostrar una cara amargada y sin sonrisa, para que las personas que nos encuentren se sientan atraídas por el “perfume” de nuestra serenidad y acogida cordial, inspiradas por ti.

Leamos el capítulo 4 de la I Carta de San Juan: **Dios es amor ... cuando el amor alcanza en nosotros su perfección, miramos con confianza al día del juicio ... quien teme no conoce el amor perfecto”.**

Podemos afirmar: el infierno existe, pero no lo hizo Dios. El castigo existe, pero no lo manda Dios; las enfermedades, las desgracias existen, pero no vienen de Dios. Dios no quiere el mal ni lo permite, sólo lo tolera, para respetar nuestra libertad.

Capitulo 2

TODO LO QUE HACE SUFRIR Y MORIR NO VIENE DE DIOS

Dios no creó la muerte. Entendemos la muerte “con aguijón”, la que da miedo porque fruto del pecado. En Gen. 1, 31 – 2, 2 se dice: **“Dios vio que todo cuanto había hecho era muy bueno. Día sexto. Al séptimo día, Dios hubo terminado su trabajo y descansó”.**

La muerte y los sufrimientos vienen después, de Adán y Eva, de nuestros des-ordenes. Son consecuencias lógicas de nuestras decisiones ilógicas. Que Gen.3, 19 **“comerás con el sudor de tu frente y morirás”** sea un **castigo** de Dios es interpretación primitiva. Hoy, el Espíritu Santo actualiza la interpretación de este pasaje y nos aclara que los sufrimientos no son castigo de Dios. Él, como se hace con un niño, va ajustando para la humanidad en camino la interpretación de los textos bíblicos.

Hoy, por ejemplo, la ciencia casi está eliminando el “sudor de la frente” en el trabajo, y la iglesia bendice estos logros. Lo que hace la ciencia y la Iglesia no va contra el Espíritu Santo, más bien colaboran con Él para que se entienda a fondo la Revelación de Dios.

- 1) Dios, pues, no manda ningún sufrimiento ni la muerte. En Sabiduría 1, 13, se dice así: **“Dios no hizo la muerte y no le gusta que se pierdan los vivos ... las especies que aparecen en la naturaleza son medicinales y no traen veneno de muerte”**. Aquí no hay lugar para otras interpretaciones.
- 2) El Apóstol Santiago, en el cap. 1, 12-18, dice de dónde vienen todos los sufrimientos y la muerte “con aguijón”.
Leamos: **“Cada uno es tentado por su propio deseo, que lo arrastra y lo seduce; el deseo entonces concibe y da a luz el pecado; el pecado crece y, al final, engendra la muerte”**.

Y Benedicto XVI, el 02.02.2011, dijo a un grupo de enfermos que iban al santuario de Lourdes: **“Dios nos ha creado para la vida y la felicidad, sin embargo, la enfermedad y la muerte son consecuencia del pecado”**.

Y San Juan Pablo II, en el mensaje del 1 de enero de 2005, se pregunta:

“¿Qué es el mal? El mal pasa por la libertad humana”, responde. Me impresiona el que este santo Papa ni siquiera nombra al diablo en este contexto tan significativo. Quiere que no seamos víctimas de evasiones. Somos nosotros, los humanos, los responsables terminales de todo el mal que se hace en el mundo. Nosotros, nuestros antepasados, las malas autoridades, el cambio climático, la contaminación ambiental. ¡Hay tan solo que investigar!

En suma: la muerte existe, pero no viene de Dios; el castigo existe, pero no viene de Dios; las enfermedades, las desgracias existen, pero no vienen de Dios sino del mal uso de nuestro libre albedrío.

¿DE DÓNDE VIENE EL MAL QUE HAY EN EL MUNDO?

1. ¿De dónde viene el mal? De nuestra libertad mal usada. Acabamos de leer lo que dice Juan Pablo II al respecto.
2. Tenemos el libre albedrío. ¿Por qué Dios nos ha dado el libre albedrío? Porque nos ha creado para que aprendiéramos a amar, y amar se puede sólo si somos libres, o sea, si la decisión de hacerle caso a Dios nace de nuestra iniciativa, de nuestro libre albedrío.
3. Pensamos que libertad es igual a libertinaje, es decir: que uno haga lo que se le antoje y, en cambio, esa no es libertad sino puro egoísmo. La verdadera libertad es hacer caso al Señor por decisión propia, como respuesta de amor al amor.
4. **¿Y LA BIBLIA QUE DICE?** El lenguaje del A. T. a veces es “ambiguo y contradictorio”. Se dice que Dios es misericordioso, y sin embargo a menudo decide crueldades contra su pueblo. Leamos, por ejemplo, la siguiente página del profeta Ezequiel, cap. 9, 1-2 y 5-6. El Profeta tiene una visión en la cual Yahvé le hizo ver todos los horrores cometidos por el pueblo de Dios. A un momento dado, Dios gritó: **“¿Van a seguir enojándose? Pero esta vez se les pasó la medida. Voy a actuar con furor; no los perdonaré, y mi ojo será inclemente. Entonces, gritó en mis oídos con todas sus fuerzas: “¡Castigos de la ciudad, acérquense! Recorran la ciudad y maten. No perdonen a nadie. Viejos, jóvenes, mujeres, niños, mátenlos a todos”.**

¿Por qué la Biblia, a veces, se expresa así? Si nos fijamos, el N.T. ya no se expresa así.

En el A.T. la Biblia se expresaba en términos de castigo para inculcar la soberanía de Dios y la obediencia a Dios. Era un pueblo “niño”, necesitaba expresiones fuertes para entender. No tenía claro el concepto de “causa segunda” y todo lo atribuía a Dios, lo bueno y lo “malo”. ¡“El sabe por qué”, decían cuando la cosa era demasiado repugnante. La causa primera es Dios y la causa segunda es el ser humano. Leían la Historia de la Nación y de cada ser humano en clave de que todo se originaba de Dios, lo positivo y lo negativo.

Capítulo 4

PARÁBOLA DEL HIJO PRODIGO (Lc. 15, 11-24)

Debería llamarse: la parábola del padre amoroso; porque el protagonista es el padre lleno de comprensión y amor entrañable hacia el hijo rebelde que regresa a la casa; y también lleno de paciencia con el hermano mayor, que no quiere participar en la fiesta por el regreso del hermano.

Recordemos esta bella parábola.

Cuenta Jesús que un padre tenía dos hijos. El más joven exigió que el padre le diera dinero porque quería ir a probar fortuna y placeres. Se fue al extranjero. Pronto se le agotó el dinero y quiso encontrar un trabajo. Le dieron un trabajo vergonzoso para un hebreo, el de cuidar cerdos. Llegó al colmo de morirse de hambre, porque ni siquiera podía comer la comida de los cerdos.

Fue cuando decidió volver a casa, donde su papá. Sabía que su papá era bueno, pero él estaba dispuesto a pedirle perdón de rodillas y a trabajar, en su casa, como un trabajador cualquiera.

Pensaba que se merecía todo tipo de castigo. Pero no contaba con el amor infinito, incondicional y gratuito del padre. El cual, al verlo de lejos, corrió a su encuentro, lo llenó de besos y echó la casa por la ventana, haciendo una gran fiesta, “porque este hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida”, decía.

¡Así es el amor de Dios! Infinito, incondicional, gratuito. El hijo razonaba según el metro de la justicia humana, el padre en cambio razonaba según el metro de la misericordia divina, que es infinita, incondicional y gratuita.

¿Por qué, en la predicación cristiana, se descuidó esta parábola? Parece mentira, pero en gran parte, se descuidó por culpa del título equivocado que se le dio; porque en muchos siglos de predicación, se enfocó sobre todo al hijo pródigo que se convierte de sus pecados, muy poco el amor del padre. Se había cultivado una espiritualidad pecado-céntrica, de temor y castigo.

Ahora bien, en este nuestro tiempo, urge descubrir mejor la fuente refrescante del amor de Dios infinito, incondicional y gratuito. Conociendo que Dios es amor inagotable, a las nuevas generaciones se les hace más fácil buscarle y reconocerle como la fuente de vida integral y de felicidad. Los jóvenes, hoy, se mueren de hambre de Dios, aun sin saberlo; y no quieren volver a la “Casa del padre Dios” posiblemente porque les hemos predicado a un Dios castigador, vengador, arbitrario, que manda al infierno cuando quiere, con rabia y con gusto. ¡Una verdadera caricatura de Dios!

El Papa emérito Benedicto XVI tiene una expresión muy bella al respecto de todos estos temas. En la audiencia pública del 30 de enero de 2013, comentando el segundo renglón del Credo “Creo en Dios todopoderoso”, dice: **“Dios, al darnos la libertad a nosotros se ha limitado en la suya y tiene un solo poder, el de amar. Revela su fuerza amando a todos y a todo. Y Jesús revela al mundo este amor**

del Padre, perdonando desde la cruz, respondiendo al mal con el amor ... Y esta potencia vencerá. Es así como la muerte, la gran enemiga, es devorada y privada de su veneno”.

PARTE II

Capítulo 5

Seguimos iluminando la imagen de Dios “todo amoroso”.

Entramos en el dogma de la redención.

En la muerte y en la resurrección del Señor el amor de Dios se ha manifestado sobre manera.

Sin embargo, también en el dogma de la Redención necesitamos reinterpretar aspectos que, así como se leen, parecen arrojar sombras sobre el amor puro de Dios.

*SOMBRA A DISIPAR:

- Se dice: Dios ha planeado la muerte de Jesús en la cruz (sombra).
- Re-interpretación: no ha sido Dios Padre.

Los representantes religiosos del pueblo hebreo fueron los autores intelectuales de la muerte de Jesús, los Romanos los ejecutores políticos y materiales.

No fue un plan de Dios el que Jesús muriera crucificado para pagar la deuda de nuestros pecados, como se ha ido transmitiendo desde siglos. Dios no quiere la muerte de nadie, mucho menos la del ser humano más inocente. ¡La muerte es su enemiga! Dios nos ha creado con ternura de padre para que viviéramos felices para siempre (cfr. Sab. 1, 12-15); y a Jesucristo lo ha creado para que tuviera vida en plenitud, para Él y para todos y todo: “En Él, por Él y para Él todo ha sido creado” (Ef. 1, 4-10 y Col. 1, 15-20). Dios no ha creado la muerte. La muerte, junto a todo lo que hace sufrir, es enemiga de Dios. Por las muchas citas bíblicas, pongo aquí sólo una de San Pablo (I Cor. 15, 26 y 27): “Está dicho que (Cristo) debe ejercer el poder hasta que haya puesto a todos sus enemigos bajo sus pies, el último de los enemigos sometidos será la muerte”. Y, por el Magisterio ordinario de la Iglesia, vuelvo a citar lo que dijo el Papa emérito Benedicto XVI, el 30. 01. 2013, comentando el segundo renglón del Credo “Creo en Dios todopoderoso”. Dijo así: “La omnipotencia de Dios (que es omnipotencia solo en el amor) al odio asesino responde con el amor ... y así, la muerte será finalmente derrotada, la gran enemiga, será devorada y privada de su veneno “. Dios Padre, pues, no usó el servicio de su enemiga para implementar sus planes de amor y de vida.

Repugna a la razón “teológica” el que la muerte de Jesús fuera planeada por Dios Padre.

Y es muy contradictorio exaltar el heroísmo del Hijo a costa de la justicia “insensible” del Padre. Como se hacía en la Edad Media. Espeluznante suena un párrafo del discurso cuaresmal de San Leonardo de Porto Maurizio:

”¿Qué es lo que condenó a Jesús a una muerte tan atroz?
¿Fueron Pilato, los escribas y fariseos? No, hermanos míos,
no. Fue la justicia divina. El Salvador bondadoso agonizaba

colgado en el aire de tres clavos, derramaba sangre por todas partes; su tierna madre lloraba al pie de la cruz, gemían todos los ángeles, pero la justicia divina, sin dejarse conmover, repetía ¡todavía no! Y no dijo ya basta hasta que no le vio exhalar el último suspiro. ¿Qué decís ahora hermanos míos? Si la justicia divina ha tratado tan severamente al unigénito del Padre solo porque había tomado sobre sí nuestros pecados, ¿cómo nos tratará a nosotros que somos los verdaderos pecadores?” (cfr. Teología del gusano, autoestima y evangelio”, Cap. 3. José-Vicente Bonet. Ed. Sal Terrae).

En cambio: sorprendentes, a este respecto, son algunas expresiones del columnista Ermes Ronchi en el Diario de la Conferencia episcopal italiana AVVENIRE, del 11 de abril de este año 2019, el jueves anterior a la Semana Santa: “Dios no salva desde el sufrimiento sino en el sufrimiento; no desde la cruz sino en la cruz. No nos protege desde la muerte sino en la muerte”.

“¿Por qué Cristo ha muerto en cruz? No ha sido Dios el que ordenó ese homicidio”.

“No fue él quien pretendió, ni permitió, que fuera crucificado el inocente en lugar de los culpables”.

¿Aplacar la justicia con la sangre? ¡No es de Dios!”.

De paso, alegra también saber que Mons. Baez, obispo auxiliar de Managua, Nicaragua, tres días después, en la homilía del Domingo de Ramos, ha manifestado las mismas

convicciones de Ermes Ronchi (cfr. Homilía del 14 de abril, 2019).

He aquí que la encarnación y la pasión se abrazan; es la misma lógica del amor que sigue hasta las extremas consecuencias. Jesús entra en la muerte como ha entrado en la carne, por amor, para estar con nosotros y como nosotros; y lo atraviesa todo reuniéndonos a todos, hasta el extremo de la tierra; y en la Pascua nos lleva consigo adentro del torbellino de la resurrección.

****SOMBRA A DISIPAR:**

- Se dice: al declarar, en el Getsemaní, “Hágase Padre tu voluntad”, Jesús quería decir que aceptaba morir en la cruz para obedecer al Padre, que tal suplicio había planeado.
- Re-interpretación: la voluntad del Padre no era que Jesús muriera en la cruz sino que quedara fiel al amor, llevando a término el compromiso tomado en el bautismo, el de implantar el Reino de Dios en este mundo, costara lo que costara (cfr. CIC 541).

Esta actitud Jesús la enseña a todos y siempre: que tengamos un proyecto de amor y quedemos fieles a ese proyecto, cueste lo que cueste.

Esto es lo que decimos cuando rezamos el Padre nuestro; esto es lo que Dios pide a la pareja conyugal, al Religioso que hace los votos, a los padres y a los hijos. Este es el criterio para discernir la Voluntad de Dios en las varias circunstancias de la vida: un proyecto de amor y fidelidad a ese proyecto de amor.

“Padre, si es posible, pase este cáliz, pero si no es posible, hágase tu voluntad” (Mt. 26, 39). Esta declaración de Jesús, es legítimo, pues, interpretarla de la siguiente manera: “Quiero hacer tu voluntad, Padre, a pesar de mi temor y tristeza, quedando fiel en el amor, habiendo asumido en el bautismo el proyecto de implantar tu Reino, para salvación integral de la humanidad; la cual finalmente, viendo mi fidelidad al compromiso asumido, podrá saber qué es el amor y por dónde encontrar el camino, la verdad y la vida hacia tu Casa bendita”.

****SOMBRA A DISIPAR:

- Se dice: Jesús murió en la cruz para pagar por nuestros pecados (= satisfacción vicaria).
- Re-interpretación: la salvación es gratis (cfr. Papa Francisco, en AVVENIRE, 19 de mayo, 2019). El perdón de Dios es gratuito. La parábola del hijo pródigo (del padre amoroso) lo demuestra. Dios nos da todo gratis, con amor de entrañas, como el amor de una madre.

***SOMBRA A DISIPAR:

- Se dice: Jesús nos ha salvado porque sufrió hasta derramar su sangre.
- Re-interpretación: Jesús nos ha salvado, en sí, con su amor, no, en sí, con el sufrimiento.

El egoísmo mata, el amor salva. Jesús nos salvó con su amor al máximo grado.

El sufrimiento de Jesús en la cruz, aun siendo la máxima expresión de su amor, fue circunstancial; en otra cultura habría podido ser diferente.

Nosotros los cristianos no debemos enfatizar el viernes santo a costa de la Pascua de resurrección, que es el triunfo del amor. “Aunque diera mi cuerpo a ser quemado, si no tengo amor, nada soy” (cfr. ICor. 13). Es decir: se puede morir con el gran sufrimiento de la tortura, por varios motivos, pero sin verdadero amor. Entonces, este sufrimiento no vale nada. El valor del sufrimiento es dado por el grado de amor.

¡La verdadera energía salvadora es el amor! Si las circunstancias hubiesen exigido aún más grande sufrimiento, Jesús lo habría afrontado con el grado máximo de amor que tuvo desde siempre. El cristianismo es la religión del amor no del sufrimiento. En el paraíso viviremos con amor, sin sufrimiento.

Nuestro deseo, la ciencia, la Iglesia, por voluntad de Dios, quieren ir eliminando el sufrimiento; el amor, en cambio, “no pasa nunca”. El sufrimiento y la muerte son siempre repugnantes porque son cuerpo extraño para nuestra creación, y los fueron también para Jesús en el huerto del Getsemaní (cfr. Mt. 26, 29). Esto es importante subrayarlo, para nosotros mismos y en la pastoral cristiana.

Una cosa es exhortar a los enfermos a que soporten el sufrimiento con la paciencia, la humildad, la dignidad con que lo afrontó Jesús en la cruz, otra cosa muy diferente es transmitirles que ese sufrimiento se lo ha mandado Dios y que su salvación depende del grado de sufrimiento que tienen que aguantar o infligirse.

El cristianismo no es el camino de Dios pavimentado con sufrimiento sino iluminado por la victoria final y definitiva del amor y de la vida, en la resurrección y en la felicidad en plenitud, que llamamos Paraíso. El amor es sustancial, el sufrimiento es circunstancial.

¿Somos ingenuos? No, somos realistas, pero optimistas, a partir de la fe, de la Historia y de la resurrección de Jesucristo.

Casi por curiosidad nos preguntamos: ¿Por qué ha llegado hasta nosotros la interpretación pecado-céntrica de que Jesús nos podía salvar solamente derramando su sangre y que así lo había planeado el Padre para que se le pagara nuestra deuda? Fue una interpretación que se consolidó en el siglo XI, una interpretación que parecía resumir la interpretación tradicional de ciertas citas bíblicas y de cierta tradición. San Anselmo resumió de la siguiente manera:

El ser humano ha pecado y por sus ofensas tiene que pagar un precio adecuado. Sin embargo, siendo limitado, ningún ser humano habría podido dar un pago satisfactorio a Dios; quedaba la única opción: que el Verbo se encarnara y que pagara Él el precio a Dios por nosotros. De allí que se ha acostumbrado decir que Jesús pagó por nosotros el precio del pecado, derramando su sangre preciosa. Esta ha sido la interpretación tradicional de la Encarnación y Redención; y ha sido la teología hecha propia por el Magisterio en todos estos siglos.

Sin embargo, no es la única interpretación posible. De hecho, con lo dicho anteriormente, hoy se abre camino otra interpretación, que nos parece más acorde con la razón y con la Revelación interpretada en su conjunto, especialmente a la luz de la parábola del Hijo pródigo (del Padre amoroso). En ésta, aparece un padre (Dios) que no exige algún pago al hijo pecador; su amor de padre es incondicional y gratuito. Salva a sus hijos, el primero y el segundo, simplemente aplicándoles su incondicional amor, su misericordia (rahamim= amor de entrañas). De la misma manera, Dios nos salva, simplemente aplicándonos a cada creatura su amor gratuito, su misericordia. Lo hace mediante la expresión de amor visible de Jesucristo; que es el primer creado, la fuente de toda vida y el representante de toda la humanidad, nuestro pontífice (=puente entre Dios y nosotros). Él nos enseña el camino hacia el Padre. De esta manera, el ser humano obtiene la vida en plenitud, y la recupera, cuando la pierda, con el sacramento del perdón.

PARTE III

Capítulo 6

Aclarando algunos conceptos bíblicos de interpretación tradicional, se contribuye también a enfocar más el amor actual y libre de Dios y de Jesucristo para que no se empañen con una interpretación fatalista y mecanicista.

Se trata de conceptos tradicionales sobre la pasión y la muerte de Jesucristo.

Para mejor orientarse en la nueva explicación, hay que familiarizarse con el siguiente acertijo: ¿Las cosas ocurren así porque la Biblia lo dice? O bien ¿La Biblia lo dice porque las cosas ocurren así? ¿Cuál es la causa de estos acontecimientos: la realidad o la previsión de los Profetas?

- 1er concepto: **“Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?”**

¿Es ésta una expresión desesperada de Jesús sintiéndose abandonado física y psicológicamente por Dios? No necesariamente. Jesús estaba orando con el salmo 22. Jesús estaba declarando que su sufrimiento y su actitud interior de creyente estaban en sintonía con ese salmo. Los hebreos acostumbraban, para recordar todo un salmo, mencionar el inicio del salmo. El salmo 22 que Jesús estaba iniciando es el salmo del justo perseguido, que clama a Dios; y en medio de sus tribulaciones mantiene una firme esperanza en Dios.

- 2do concepto: “Para que se cumplieran las Escrituras”.

Es un recurso literario. Los evangelistas, al describir la pasión de Jesús, se preocupan de repetir una y otra vez esta frase. ¿Por qué? Es que los evangelistas, para ser creíbles ante el pueblo judío se apoyan en el testimonio de la Sagrada Escritura, especialmente los salmos, que eran la oración más conocida del pueblo. Citan 20 veces los salmos en este contexto de la Pasión. No tenían otro medio para convencer a los hebreos que el de recurrir a la autoridad de la Escritura. En efecto, el que moría en la cruz era maldito por Dios (“Maldito el que pende de un madero”, Dt. 21, 23). Entonces, ¿Cómo era posible que ese Jesús fuera el Mesías? Además, Jesús ha sido juzgado y condenado por la máxima autoridad religiosa, representante de Yavé. ¿Cómo podía estar en armonía con Él? Es más, el Mesías era considerado el libertador del pueblo hebreo. Entonces, ¿Cómo era posible que el libertador del pueblo hebreo haya sido vencido y crucificado por los enemigos de este pueblo?

¿Qué dicen pues los evangelistas con la expresión “como dice la Escritura”?

En realidad, la Escritura está describiendo lo que le pasa al justo que quiere quedar fiel a Yavé; a todos los justos de todos los tiempos; pensemos en Mons. Romero. Con mayor razón, al más justo de los justos, que era el Mesías, le pasará lo peor. De manera que: las cosas ocurren así, no tanto porque lo dice la Escritura, sino que: la Escritura lo dice porque las cosas ocurren así.

- 3er concepto: **Ahora, la pregunta central es:** ¿el que Jesús padeciera así y muriera así **estaba planeado o sólo previsto** por la historia y por el Espíritu Santo que conoce la historia? La respuesta coherente es que todo estaba sólo previsto, por Dios y la historia,

no prescrito. La frase “para que se cumpliera la Escritura” no significa la planeación de la pasión y muerte de Jesús de parte de Yavé, sino: la previsión de lo que le pasa al justo que quiere quedar fiel al amor. En ocasión de lo cual, Dios prepara su plan providencial (“Con la pasión de Jesús, Dios cumplió su plan” - cfr. el capítulo 8).

NOTA: estas aclaraciones de los 3 conceptos han sido publicadas en la Revista de Tierra Santa, por el franciscano biblista Fray Ariel Alvarez, argentino; si fueran interpretaciones erróneas o erráticas habrían sido refutadas inmediatamente por Estudios bíblicos de otras Órdenes religiosas presentes en Tierra Santa, pero no parece haya habido objeciones.

Ahora bien, ninguna de estas que hemos llamado sombras es dogma de fe, solo interpretaciones o maneras de explicar el dogma de la Redención a la gente de generaciones pasadas. A menudo, se trata de lenguaje simbólico, figuras literarias.

PARTE IV

Capítulo 7

EL “NUDO” PASCUAL.

Se quiere confirmar, desde otro ángulo, lo legítimo de lo nuevo expresado hasta ahora; especialmente, el que la muerte de Jesús no fue un plan justiciero del Padre.

Siempre con el objetivo de limpiar la imagen de Dios.

Este capítulo tiene su importancia en cuanto que las varias citas de los Hechos de los Apóstoles, que se van a presentar, parecen contradecirse (de allí, el término “nudo”).

Se trata de saber quién, en el libro de los Hechos de los Apóstoles, quiso que Jesús muriera en la cruz, si era un plan del Padre o de los fariseos.

En casi todas las primeras lecturas de la Misa de los días después de Pascua, se dice quiénes mataron a Jesús. Y allí se dice con claridad que fueron los fariseos. Sin embargo, en algunas citas se añade también otra cosa; se dice que, con la muerte de Jesús, Dios Padre cumplió su plan de salvación; insinuando así que fue Dios Padre quien quiso la muerte de Jesús para que se cumpliera su plan.

Entonces, sí, ¡quedo confundido! Y me vuelvo a preguntar: ¿Quiénes fueron los autores intelectuales de la muerte de Jesús: los fariseos o Dios Padre?

Para meternos bien adentro y encontrar la respuesta definitiva, vamos a leer las 6 citas de los Hechos de los apóstoles que se refieren al tema.

1- Hechos 2, 36-37: “Dios ha hecho Señor y Cristo a este Jesús a quien ustedes crucificaron...Los oyentes se afligieron y dijeron a Pedro y a los Apóstoles ¿Qué tenemos que hacer, hermanos? Pedro les contestó: arrepíentanse y háganse bautizar en el nombre de Jesús para que sus pecados sean perdonados”. Los fariseos tienen que arrepentirse, porque fueron ellos quienes cometieron el delito.

2- Hechos 3, 13-15: “Es Dios el que acaba de glorificar a su siervo Jesús. Ustedes (los fariseos) lo entregaron y renegaron de Él.

Ustedes pidieron la libertad de un asesino y rechazaron al Santo y al justo; mataron al Señor de la vida, pero Dios lo resucitó”.

Aquí está claro que los autores intelectuales de la muerte de Jesús fueron los jefes de los fariseos. Dios tuvo el papel contrario.

3- Hechos 4, 10: “Este hombre (el paralítico que Pedro y Juan habían sanado a la entrada del templo) ha sido sanado por el nombre de Jesucristo, a quien ustedes crucificaron, pero a quien Dios ha resucitado de entre los muertos”. De nuevo, se aclaran los dos papeles opuestos que tuvieron los fariseos y el Padre.

Estas citas dicen con toda claridad que las dos intervenciones en la muerte de Jesús, la de los fariseos y la de Dios, son diametralmente opuestas: los primeros para quitar la vida de Jesús, y Dios, para devolverle vida plena.

Sin embargo, hay 3 citas más que sí, a la primera parte de la oración añaden que Dios tenía su plan en esa muerte. Veamos.

4- Hechos 3, 17: “Yo sé que ustedes obraron por ignorancia, al igual que sus jefes, y Dios cumplió de esta manera lo que había dicho de antemano por boca de todos los profetas: que su Mesías tendría que padecer”.

Aunque no con claridad, la cita parece insinuar que el Padre tenía que ver en la planeación de la muerte de Jesús.

5- Hechos 2, 23: “Ustedes lo entregaron a los paganos para ser crucificado y morir en la cruz, y con esto se cumplió el plan que Dios tenía dispuesto”.

¿De cuál plan se trata?

6- Hechos 4, 27: “En esta ciudad hubo una conspiración de Herodes con Poncio Pilato, los paganos y el pueblo de Israel contra tu santo siervo Jesús, a quien tú ungiste. Así ellos consiguieron lo que tú habías decidido de antemano que se llevara a efecto”.

¿Qué era lo que el Padre había decidido que se llevara a efecto?

Después de haber leído las últimas 3 citas, debemos preguntarnos una vez más: **¿Quiénes quisieron la muerte de Jesús, los fariseos o bien fue el plan del Padre?** La respuesta tradicional es que la muerte de Jesús fue voluntad del Padre; para redimirnos, se dice, es decir, para que Jesús pagara por nosotros a Dios Padre la deuda que teníamos que pagar nosotros por nuestros pecados. La oración del Miércoles Santo dice así: “Oh Dios, que para salvarnos, quisiste que tu Hijo sufriera el suplicio de la cruz, concédenos la gracia de la resurrección”.

Esta respuesta deja la boca amarga, sin dejar de convencer el sentir de muchos buenos cristianos, en esta nuestra época.

¿Es posible encontrar otra respuesta?

Sí, es posible otra respuesta. Respuesta que no va en contra de la fe; es tan sólo otra explicación (otra teología) de la gran verdad que Cristo nos ha salvado de nuestros pecados y que Dios es amor infinito, incondicional, gratuito.

Dios Padre, lejos de querer la muerte de su Hijo, “lloraba”, por decirlo así, junto a María, porque ¡se estaba cometiendo el delito más monstruoso de la humanidad! Se estaba matando al más inocente de los hombres; a su Hijo querido, al hombre más justo (cfr. Mt. 21, 33ss.

Los viñadores asesinos; y CIC 312; también, ver la carta del arzobispo de San Salvador sobre el martirio de P. Rutilio Grande, 2017, n. 33).

¡Dios lo resucitó!

¿Cómo se reconcilian, entonces, los dos grupos de citas diferentes de los Hechos de los Apóstoles?

Por un lado, la muerte de Jesús la causaron los fariseos y, por otro lado, Dios, en ocasión de esa muerte, cumplió su plan de amor.

¿Cómo se armonizan los dos grupos de citas?

Se pueden armonizar con el concepto cristiano de Divina Providencia.

En ocasión de lo malo que el ser humano hace, si hay buenos corazones que se abren, entonces Dios interviene y con su divina creatividad hace algo nuevo y más grande en favor del ser humano. “Para los que aman a Dios todo resulta en bien”...por divina providencia (cfr. Rom. 8, 28).

Así ocurrió espléndidamente en ocasión de la pasión de Jesucristo.

PARTE V

Capítulo 8

LA DIVINA PROVIDENCIA

Es una bella expresión del amor de Dios. Una expresión diaria y “casera”.

La pasión y la resurrección de Jesús nos hacen comprender feicientemente este concepto tan importante en la espiritualidad cristiana popular.

Cuando hablamos de este concepto, a nosotros nos viene la imagen de una familia que no tiene nada que comer y se recomienda a Dios; de repente llaman a la puerta y es alguien que trae abundante comida.

Es un buen ejemplo, sin embargo, la definición de Divina Providencia abarca realidades aún más profundas. La definición puede formularse de la siguiente manera: “En ocasión de una situación negativa, si se abre el corazón a buenos sentimientos y actitudes y a la oración, Dios interviene y crea una realidad nueva y positiva, que hace crecer aún más el bien”. En la carta a los Romanos, San Pablo la formula así: “Para los que aman a Dios, todo se vuelve positivo”(cfr. 8, 28).

A este propósito, el Catecismo de la Iglesia Católica, al n.312, hablando de la **Divina Providencia**, dice lo siguiente: “Del mayor mal moral que ha sido cometido jamás, que es el rechazo y la muerte del Hijo de Dios, causado por los pecados de todos los seres humanos, Dios, por la superabundancia de su gracia, sacó el mayor de los bienes: la glorificación de Cristo y nuestra Redención”. Es con este concepto teológico que se puede entender esa frase de Hechos 3, 17: “y con eso se cumplió lo que Dios había establecido”... la glorificación del Hijo y nuestra redención.

Entendemos lo que dijo San Pedro en Hechos 2, 23: “Ustedes lo entregaron a los paganos para ser crucificado y morir en la cruz; pero (en ocasión de esto que ustedes hicieron) el Padre cumplió el plan que tenía dispuesto” .

La divina providencia iba a intervenir en ese delito para producir el bien más grande: la resurrección de Jesús y la salvación de la humanidad.

Nos hace bien pensar en una familia. La madre es una pequeña providencia; realiza su plan de amor por los hijos aun en ocasión de alguna travesura que ellos hacen; si se cae el hijo por travieso, la madre lo levanta, lo abraza y le hace ver qué peligroso es no hacerle caso a la mamá. Incluso, el niño es tan brutito que piensa repetir la caída para gozar más de la ternura de la madre; de toda manera, el niño aprende para el futuro. La madre aprovecha esa caída y llanto del hijo para realizar su plan de amor con él. La travesura es del hijo, pero el aprovechamiento para el bien del hijo es de la madre. La intervención de la madre es providencia para el hijo.

Esto hace Dios con nosotros. ¡Esto hizo Dios Padre en ocasión de la muerte de Jesús causada por la trágica “travesura” de los fariseos!

Podemos ser “divina providencia” todos los días, a favor de hermanos y hermanas cuando acogemos la inspiración de Dios.

Una vez más, enfatizamos que con las nuevas respuestas que se han dado en este librito, no se trata de cambiar el dogma de la Redención; se trata de una nueva interpretación del dogma, una especie de “puesta al día” del dogma. Esto no solo es legítimo sino útil y necesario, toda vez que las nuevas generaciones cristianas van dejándose iluminar por la luz nueva del Espíritu

Santo, que hace comprender a la Iglesia “la verdad toda entera” (cfr. Jn. 14, 26 y 16, 12- 13). Es la realidad de la Tradición y del sentido “pleno” de la Sagrada Escritura.

Quedando firme que el Magisterio de la Iglesia tiene siempre la última palabra de discernimiento.

PARTE VI

Capítulo 9

LA SEMANA SANTA

(Es una buena manera de hacer el último resumen de la nueva interpretación del dogma de la Redención).

Leer atentamente las notas, al final de este capítulo.

- 1- ¿Quién quiso la muerte de Jesús? Fueron los fariseos y los soldados romanos, ciertamente no fue Dios.

Dios no fue el autor intelectual de la muerte atroz de Jesús. No la quiso ni la permitió; solo la toleró porque los asesinos tenían su libertad, que Dios les dio y respeta. Dios es solo amor y no puede usar la muerte, su gran enemiga (1), para su plan de salvación. Su justicia no es como la justicia humana; la suya es pura misericordia. Con su “justicia”, Dios no da a cada uno “lo suyo” sino: a cada uno

da Su vida divina. Su “justicia” se llama misericordia, rahamim, amor de entrañas (cfr. Parábola del hijo pródigo).

El Verbo al entrar en nuestra carne quiso entrar hasta el fondo de nuestra carne, hasta en la muerte, y donde pasaba sanaba. Todo por puro amor. Jesús, con los brazos abiertos, desde la cruz nos declara, a gritos o a susurros: “¡Te amo hasta el extremo!”. Y amar significa dar vida integral.

- 1) Acaso ¿No tenía Jesús que pagar por nosotros la deuda del pecado, derramando su sangre preciosa? Ciertamente derramó su sangre preciosa, pero no por voluntad de Dios sino por voluntad de los fariseos y los soldados romanos
- 2) El que quedar fiel en el amor le costara a Jesús morir eso está a cargo de los fariseos y de los romanos, no de Dios.

El amor de Dios es gratuito y a Dios no le podemos pagar nada. Nos perdona por puro amor, espontáneamente (cfr. Is. 6, 1ss.).

De parte nuestra, solo tenemos que expresar nuestro consentimiento extendiendo las manos de nuestra voluntad y de nuestro corazón para recibir su perdón y su vida en abundancia. Nuestra libertad es invitada, por la ternura divina, a decir sí, siguiendo fielmente a Jesús camino, verdad y vida. La “satisfacción vicaria” (=“en nuestro lugar”) era tan solo una interpretación del dogma de nuestra redención. Hoy, el Espíritu Santo, para mayor luz y alegría de la humanidad, inspira otra interpretación de los acontecimientos del calvario; interpretación mucho más a tono con el amor infinito,

incondicional y gratuito de Dios; y de Jesucristo, su imagen visible.

3) ¿No ha sido “la muerte de Jesús en la cruz” a salvarnos?

Ha sido su amor total y fiel por nosotros, dispuesto a cruzar el umbral del dolor y de la muerte, para vencerlos definitivamente con su resurrección y así comunicarnos “vida en abundancia” (cfr. Jn. 10, 10).

El amor salva y el egoísmo mata. El inmenso amor de Jesús ha vencido el concentrado de egoísmo de los fariseos y de los romanos. Nuestra fe en Jesucristo es la “religión” del amor, no del sufrimiento y del temor. El amor es sustancial, el sufrimiento es circunstancial. El sufrimiento pasa, el amor no pasa nunca.

4) Jesús, en el huerto de Getsemaní, entre lágrimas, declaró querer cumplir la voluntad del Padre, ¿No era ésta acaso que Jesús muriera en la cruz?

La voluntad del Padre era que Jesús quedara fiel al compromiso tomado en el bautismo, el de implantar su Reinado en este mundo (3). Esta era la voluntad del Padre con Jesús, y esta es su voluntad con cada uno de nosotros, en nuestra vocación y compromiso personales. El es amor, no puede querer de nosotros otra cosa diferente del amor. Si Dios es amor y con nosotros ha actuado siempre con amor, debemos responderle con amor, haciendo lo que él nos pide, que es siempre por nuestro bien.

LA RESURRECCION

Victoria de un camino de amor, para una meta de amor. Creado a imagen de Dios, en Jesús, y acogiendo en su carne al Verbo de Dios, la meta del ser humano era aprender a amar, con su libertad bien usada. Después de un exitoso aprendizaje, pasaría a la dimensión de ser partícipe de la divina naturaleza. Jesucristo, Verbo encarnado, sería su ejemplo y energía para el camino. Si Adán y Eva y todos sus descendientes hubiesen aceptado este plan, todo habría fluido, hasta alcanzar la meta. Pero, históricamente no fue así. El ser humano, sobre valorándose, quiso “caminar sobre las aguas”, quiso ser el criterio absoluto de moralidad; e implantó el desorden en la creación, haciendo que esta no respondiera adecuadamente, en ninguna de sus áreas. No funcionó el amor, la justicia, la paz, la verdad, la unidad, la vida. Surgió el sufrimiento y la muerte, que se constituyeron en enemigos de Dios y del ser humano.

“En la plenitud de los tiempos”, cuando la humanidad fuera suficientemente consciente de su propia situación y fuera capaz de reconocer su origen y su meta en la persona del Verbo encarnado, este, “el primero en todo”, se hizo visible en el tiempo del mundo.

LO VIMOS Y LO RECONOCIMOS

Al inicio no fue fácil para los Apóstoles reconocerlo resucitado, porque nació, trabajó y se comportó “como uno de tantos” (Se despojó de su rango). Los enfermos y los pobres tuvieron profundas intuiciones (“tú eres el hijo de Dios”). Los Apóstoles sintieron una

cercanía de la cual no podían despejarse (“a quién iríamos, solo tú tienes palabras de vida eterna”). Pero, no era fácil reconocerlo resucitado.

Una imagen triunfalista del Mesías atrasaba a los contemporáneos el reconocimiento de la verdadera identidad de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Los que no estaban cegados por el poder egoísta, como los fariseos, estaban claro que Jesús era un hombre muy bueno y que decía la pura verdad, pero no podían ir más allá. Incluso, su pasión y su muerte parecían como la de todas las personas buenas que mueren por los demás, nada más.

La resurrección fue la plena luz. Jesús demostró ser el Señor. Los Apóstoles los vieron y por fin lo reconocieron. Su amor humano era una emanación del amor divino del Verbo. Su carne divina quiso atravesar también el último umbral: el sufrimiento y la muerte de la humanidad; y ese atravesamiento fue la “muerte de la muerte”. ¿Dónde está tu victoria, oh muerte?

¡El amor es más fuerte que la muerte! La muerte es lo enfermo, el des-orden y el vacío de sentido; en cambio, el amor es la sanación, el reordenamiento y la plenitud de sentido; atravesando la muerte, Jesucristo volvió a sanar lo enfermo, a reordenar lo desordenado y a llenar de vida el vacío. La resurrección nos dice que el amor es el definitivo sentido de la vida humana; nuestra vida tendrá sentido hasta que produce amor; y eso lo puede hacer aun en una enfermedad que lo reduce a la impotencia. El amor de Jesús, encarnándose hasta en la muerte, nos ha salvado, saludado. Tocando todas las áreas de nuestro ser, infundió su energía divina

(gracia) sanando, revitalizando; lo que seguirá haciendo, para la humanidad futura, con los sacramentos.

Estamos salvados, llenados de vida; ¡la salvación ya está aquí! Solo tenemos que aceptarla siguiendo a Jesús en su camino de amor. “Si nosotros vivimos así con Él, moriremos con Él y resucitaremos con Él”.

Y de esta manera se recuperará el primigenio plan del Creador: nos ha creado para aprender a amar con nuestra libertad, y así llegar a ser partícipes de la divina naturaleza.

¡HA RESUCITADO EL SEÑOR, VERDADERAMENTE HA RESUCITADO!

EL PROPOSITO PASCUAL

En la medida, pues, que nos solidaricemos con los sufridos, como Jesúscristo, resucitaremos con Él, en esta vida y en la otra. De esta manera, cada nuestra “semana santa” nos acercará a la meta para la cual hemos sido creados.

EN SUMA: ¿CÓMO NOS HA SALVADO JESÚS?

Antes de responder a esta pregunta, es oportuno aclarar aquí el significado de la palabra SALVAR. No es el de sacar a alguien por el pelo porque se está ahogando, sino tiene el significado etimológico del latín SALUTEM - DARE (=dar salud, llenar de vida). Jesús dijo: “Yo

vine para que tengan vida y la tengan en abundancia” (4). la Sagrada Escritura es llamada HISTORIA SALUTIS (= Historia de la salvación). Con el tiempo, la U de la palabra latina SALUS se cambió en V (u-ve), SALVDAR; y, para una más fácil pronunciación, se quitó la ‘d’ y quedó SALVAR (=LLENAR DE VIDA).

La Historia salutis (Historia de la salvación) empezó con la creación de la naturaleza humana de Jesús, en la cual se encarnó el Verbo, al inicio del mundo. En la persona de Jesús, por la cual persona y para la cual persona todos hemos sido creados y salvados (cfr. Ef. y Col. al capítulo 1. Ver también la teología de El PRIMADO DE CRISTO, del Beato Fray Juan Duns Escoto, al capítulo 11 de este librito).

Ha llegado, pues, la pregunta apremiante: si Jesús no nos ha salvado pagando por nosotros al Padre ¿cómo nos ha salvado?

La respuesta se puede articular en 6 modalidades:

1. Revelándonos y aplicándonos de forma visible la misericordia del Padre, siendo Jesús su imagen visible. De una forma análoga a la que Jesús contó en la parábola del Hijo pródigo. Al hijo pecador el padre simplemente lo acoge haciendo fiesta. El padre le aplica su misericordia incondicional y gratuita. Lo hace porque así lo quiere, porque su esencia es amor; su amor de entrañas (rahamim) no le permite sentir y actuar de otra manera.

Su misericordia nos purifica como el carbón encendido purificó al profeta Isaías: “(ante la majestad de Dios)Yo dije: ay de mí que estoy perdido porque soy un hombre de labios impuros. Entonces voló hacia mí uno de los serafines con una brasa en la mano y tocó mi boca y dijo: he aquí que esto ha tocado tus labios; se ha retirado tu culpa, tu pecado está perdonado” (Is. 6, 5 – 7).

2. Jesús nos ha salvado presentándose a la humanidad como CAMINO, VERDAD Y VIDA; el que lo sigue a Él encontrará la Casa del Padre y así se salvará. Un hombre perdido en la selva es salvado por una persona que se le ofrece como alguien que conoce el camino para salir de la selva (5).
3. Venciendo definitivamente la muerte, que nos había arrebatado la vida terrenal y divina, por ser fruto del pecado y de sus consecuencias (cfr. St. 1, 12ss). La muerte ya no nos sujetará como esclavos, para siempre.
4. Otra manera. ¡Dónde hay amor, allí está Dios, porque Dios es amor! A más amor más presencia salvadora de Dios. El egoísmo mata y el amor salva. Poco egoísmo mata poco y poco amor salva poco; mucho egoísmo mata mucho y mucho amor salva mucho; el máximo egoísmo de los fariseos (que concentró y simbolizó todo el egoísmo humano) mató al mismo autor de la vida, pero el infinito amor de Jesús, hombre-Dios, salvó a toda la humanidad. En Jesús estaba presente el mismo Dios-Padre y el Espíritu Santo, con su amor infinito y gratuito; por eso, en las expresiones amorosas de Jesús, hombre-Dios, en toda su vida y más visiblemente en su pasión y muerte, estuvo presente Dios con todo su amor salvador. Todo lo que hizo Jesús durante su vida era devenir de la salvación (cfr. Jn. 2, 11). ¡La humanidad, en Jesús encarnado, fue inundada por el infinito amor salvador de Dios!
5. Jesús nos salvó también haciendo brotar dentro de nosotros la Esperanza (cfr. Spe salvi, Benedicto XVI), dándonos la buena noticia que Dios es amor infinito, incondicional y gratuito, y que los pobres, los humildes son los preferidos de su reino (cfr. Lc. 4, 16). Esta noticia invita a buscar la Casa del Padre.

6. Finalmente, nos salvó “tocándonos” con los sacramentos.

El hijo pródigo quiso confesarse con el padre; el padre lo abrazó, lo besó para hacerle sentir que estaba perdonado, “salvado”. Jesús, en Palestina, tocaba con su carne la carne de los enfermos física y espiritualmente; su energía divina, al tocarlos, los curaba y los salvaba.

Instituyendo los sacramentos, Jesús ha hallado la manera de “tocarnos” física y espiritualmente también a nosotros, sanándonos y salvándonos. El Verbo tocó, encarnándose, la carne del primer ser humano creado (=Jesús); desde entonces la persona de Jesucristo fue fuente de vida integral para toda creatura humana (cfr. Primado absoluto de Cristo, p.71): vida para recibirla nueva, en la creación, y vida para recuperarla cuando se deteriorara por el pecado (6). Somos como ramitas que reciben vida del tronco. Nuestra carne pecadora, deteriorada, Jesucristo la tocó: en los ciegos, sordos, mudos, parálíticos de Palestina (cfr. Mt. 2, 5).

Nos tocó a nosotros también con su palabra y con su toque físico en los sacramentos, para una salvación integral.

Y así: ¡La salvación objetiva y universal ocurrió con la vida, muerte y resurrección de Jesucristo! ¡La humanidad está salvada! Hace falta que cada ser humano, para hacer suya la salvación, exprese su libre voluntad de querer recibirla, con las obras buenas y conduciéndose con los mismos sentimientos de Jesucristo! (7)

NOTAS

(Muy importante de tener en cuenta)

Cfr. Sab. 1, 14 – 15. San Pablo, Icor. 15, 26.

- Papa Benedicto XVI, el 30 de enero de 2013, en una audiencia pública, dijo: “La auténtica potencia de Dios es el amor, el perdón, la misericordia. Y esta potencia vencerá. Entonces, la muerte, la gran enemiga, será devorada y privada de su veneno.
- (1) La de San Pedro, en Hch. 4, 10, debería ser la expresión más lapidaria para decir a quién achacar la responsabilidad de la muerte de Jesús. San Pedro declara, dirigiéndose a los fariseos: “Ustedes mataron a Jesús, Dios lo resucitó” (4, 10). Dos papeles opuestos: el de los fariseos, de muerte, y el de Dios, de vida.
- (2) Cfr. CIC 541
- (3) Cfr. Jn. 10, 10
- (4) Se puede crear la parábola del muchacho perdido en la jungla. Estaba desesperado por haber perdido la orientación y sentirse amenazado por animales feroces. De repente, se aparece un hombre quien, muy seguro de sí mismo y convincente, invita al muchacho a seguirle, porque conoce bien la salida y lo llevará “camino a casa”. Seguirle es cuestión de fe, de confianza en esa persona.

- (5) “En él, por él y para él todos hemos sido creados”. Cfr. Ef. 1, 4 – 10; Col. 1, 15 - 20.

Ver la teología de la encarnación, del Beato Fray Juan Duns Escoto, capítulo 11 de este librito.

- (6) A menudo, a Dios se le responsabiliza por los sufrimientos que ocurren a los seres humanos. Son “calumnias” de las cuales hay que limpiar el todo-amoroso rostro de Dios. A continuación, algunas referencias del Magisterio de la Iglesia.

--- CELAM, 1999, año del Padre, en vista del jubileo 2000; año en el cual toda la Iglesia enfocaba la persona de Dios Padre, creador del Cosmos y de la humanidad. Resumo aquí el párrafo más significativo del mensaje que dirigió a los cristianos latino americanos: “Que este año sea un año para espantar del alma humana esa caricatura de Dios, que tanto daño nos ha hecho y nos sigue haciendo; la imagen de un dios justiciero, vengador, arbitrario, antojadizo...un ídolo, una caricatura”.

--- El actual arzobispo de San Salvador, El Salvador, en la Carta sobre el martirio, 2017, escribía: “El P. Rutilio Grande fue asesinado hace 40 años y sus últimas palabras fueron: - hijos, siempre hay que hacer la voluntad de Dios -”. El comentario del Arzobispo llama la atención: “La voluntad de Dios no era la de querer ver a P. Rutilio morir de una muerte tan macabra, mucho menos a su Hijo”.

--- En estos días de la semana santa, 11 de abril, en AVVENIRE, Diario oficial de la Conferencia Episcopal Italiana, Ermes Ronchi

(columnista del Diario) ha escrito un artículo muy interesante sobre el cambio de visión tradicional de la semana santa. Resumo fielmente unos párrafos (pongo la traducción entre comillas, por practicidad): “Dios no ha sido el autor intelectual del homicidio de Jesucristo, no ha sido él quien ha querido o permitido que fuera crucificado un inocente en lugar de los culpables. ¿Aplacar la justicia con la sangre? No es de Dios”.

--- Mons. Silvio Baez, obispo auxiliar de la arquidiócesis de Managua, Nicaragua, en la homilía de este domingo de Ramos, 14 de abril de 2019, hizo las mismas afirmaciones de Ermes Ronchi. Para confirmar la fuerza de estas ideas tan nuevas y tan chocantes, he procurado estar alerta por si hubiese alguna reacción de rechazo; pero no, y el columnista ha seguido escribiendo en el Diario. Detallando: dos días después de la publicación, Mons. Bassetti, Presidente de la Conferencia Episcopal Italiana, hizo visita a la sede del Diario, elogiando los propósitos y la conducción del importante medio de comunicación.

Capítulo 10

ORAR LA SEMANA SANTA

(Ensanchemos nuestro corazón)

DOMINGO DE RAMOS

“Gracias, Padre santo, por tu plan amoroso y perenne de salvación (salud-ación) de la humanidad, a través de la obra de tu Hijo Jesucristo. Tu providencia divina está siempre pendiente de las circunstancias humanas, especialmente las dolorosas, en las que intervienes con ternura y prontitud, para que todo se dé por nuestro bien. Ciertamente, no era tu plan el que Jesús muriera en la cruz. Tu plan ha sido siempre el de llenarnos de vida, y lo hiciste a través del amor inmenso de Jesús, derrochado durante toda su vida, especialmente en la pasión”.

“Hoy, domingo de ramos, te damos gracias por el canto de los niños, agitando las palmas en honor del que los puso como ejemplo de pureza. Era peligroso entrar a Jerusalén en esa semana, pero no todos eran malos en aquella ciudad; había tanta gente que te reconocía como ese hombre que siempre había hecho el bien. Aplaudían y agitaban los ramos junto a los niños. Sentían alegría de que celebraras la Pascua con ellos, aun sin saber el misterio que esa entrada conllevaba. Nosotros también agitamos los ramos con los niños y la gente. Y tú, Jesús, te sumergías en aquella alegría a pesar de las dramáticas previsiones. Es que tu corazón estaba lleno de amor por los extraviados seres humanos, que “vagaban como ovejas sin pastor”. ¿Qué te matarán? ¡Seguro! Como se mata a cualquiera que sale a defensa de los débiles; sin embargo, por la salvación de la

humanidad estabas dispuesto a sufrir todo lo que fuera necesario. El Padre, que conocía los acontecimientos futuros tenía su plan de providencia: por el que, en ocasión de tu asesinato, intervendría y crearía la bella realidad de tu resurrección y el sol de nuestra salvación. Gracias, Padre; gracias, Jesús: gracias niños y gente de Jerusalén que agitáis las palmas de la victoria”.

LUNES, MARTES Y MIÉRCOLES SANTOS

“En estos días, Jesús, te dedicaste a enseñar en el corazón de Jerusalén, el templo. Tenías ansia de que se conociera la verdad de Dios y de los seres humanos, e hiciste afirmaciones radicales: “la verdad os hará libres”, decías, sobre entendiendo que los fariseos estaban lejos de la verdad, y, lo peor de todo, no querían reconocerlo. Afirmabas con toda claridad que tú eras Dios, igual al Padre. Afirmaciones y actitudes, las tuyas, Jesús, que los fariseos ya no podían soportar y armaron el complot para matarte. Pero no pudieron amedrentarte. El amor por nosotros era como un manantial de agua viva dentro de ti; seguirías adelante hasta donde fuera necesario. Una madre no calcula las dificultades cuando se trata de conseguir la salud (=salvación) de sus hijos, y tu amor purísimo, tenía un alcance infinito. Vencerías todo obstáculo, incluyendo la muerte; a la cual vencerás por cada uno de nosotros también. Muchos cristianos se han acostumbrado a pensar que tú, Jesús, nos has salvado con la cruz, derramando sangre; no es malo expresarse así, sin embargo, es más apropiado decir que nos has salvado con tu amor, desde que tenías el uso de razón hasta el último respiro y la gloriosa resurrección. Fue tu amor el protagonista de la semana santa; el sufrimiento y la muerte en cruz fueron solo una forma circunstancial: el sufrimiento y la muerte habrían podido ocurrir de otro modo; pero tú nos habrías salvado igualmente y

siempre con tu amor. La oración colecta del V domingo de cuaresma dice: “Te rogamos, Señor Dios nuestro, que, con tu auxilio, avancemos animosamente hacia aquel grado de amor con el que tu Hijo, por la salvación del mundo, se ofreció a la muerte”. Papa Francisco, en el mes de marzo, 2017, dijo explícitamente que tú nos has salvado con tu amor. Gracias, Señor, por tu amor. ¡Que vivamos esta semana santa invadidos y conmovidos por tu amor!”

JUEVES SANTO

Con la Última cena empieza el Triduo pascual.

“La gente hablaba. Y tú te dabas cuenta que las autoridades judías buscaban la forma de matarte. Y te invadía una gran tristeza; pero, como siempre, el amor por nosotros te impulsaba hacia adelante. Era el día de la celebración de la Pascua y deseabas celebrarla con tus discípulos. Estabas pensando en usar signos, esa noche, que habrían de quedar grabados para siempre en la mente y en el corazón de los apóstoles... ¡por si te pasara algo! Partir el pan, lavar los pies, y el signo de los signos de tu amor, la eucaristía; te las ingeniaste para quedarte con los tuyos de forma sensible, por toda la historia. ¡Gracias, Señor, por tanta delicadeza! ¡Cuántos millones de seres humanos has consolado y fortalecido con tu presencia eucarística! Te voy a adorar en el sagrario todas las veces que pueda. Y, enseñado-a por tu desbordante amor, quiero partir el pan con los pobres y quiero lavar los pies de los caminantes del mundo. ¡Que esa última cena en Jerusalén sea lo más alto en mis pensamientos, en mis sentimientos y en mis decisiones!”

VIERNES SANTO

“¡Cuánto dolor, y cuánta maldad de parte de las autoridades religiosas judías! Quisieron torturar y matar al mismo autor de la vida, pero Dios lo resucitó. Como afirma San Pedro (Hech. 4, 10). El plan de la muerte fue de los fariseos, pero el plan del Padre era darle el triunfo a Jesús y la salvación a nosotros”.

“Gracias, Padre, porque con tu divina providencia y tu divina creatividad, produjiste una realidad tan bella en ocasión de un delito tan feo (cfr. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 312). Tu plan, pues, no fue la crucifixión y muerte de Jesús sino, al contrario, fue el de resucitarlo a Él, y así, abrir para nosotros el camino de la verdad y del amor, el camino de la salvación y de la vida”

Este día quiero seguir a Jesús por su “vía crucis”, y acompañarlo, con María y San Juan, hasta el último suspiro y hasta cuándo será puesto en el sepulcro.

Quiero solidarizarme con él, con el propósito de seguirle en toda su vida, pasando en este mundo haciendo el bien como él, y hacer siempre la voluntad de Dios, que es tener un proyecto de amor y quedar fiel a tal proyecto. Jesús, en el bautismo y en la sinagoga de Nazareth abrazó el proyecto de implantar el reino de Dios en la tierra y de defender los derechos de los pequeños y sufridos; ahora, en el Getsemaní, se encuentra en la encrucijada: dejar el proyecto o perder la vida terrenal. Es cuando tomó la extrema decisión de hacer la voluntad del Padre, que era la fidelidad al proyecto de amor que había tomado en el bautismo (CIC 541) y confirmado en su primera intervención en la sinagoga de Nazareth.

“Tu sufrimiento y tu muerte, Señor, han sido el resultado del mal uso de la libertad humana; quiero acoger tu enseñanza, la de luchar contra mi egoísmo, que hace daño a tanta gente. Que esta Pascua,

Señor, sea para mí un paso de crecimiento en la gracia. Es cierto que el sufrimiento no fue el protagonista de esta semana, fue siempre tu amor, sin embargo, tú me enseñas cómo sobrellevar el sufrimiento, la persecución y la muerte. Por la verdad y el amor vale la pena vivir y morir. Pues, al pasar a otra vida, allí donde reinas Tú, Señor, se habrá terminado todo grito, todo llanto, porque este tipo de mundo nuestro, tan injusto, habrá terminado (cfr. Ap. 21, 3 – 6). Hoy, al participar en las procesiones, he podido meditar mucho sobre el misterio de la maldad humana y el misterio de tu amor, del Padre y del Espíritu Santo”.

Este viernes santo es impactante; sin embargo, estoy claro-a que es un día de paso, el día de la maldad de los seres humanos; el mero día de Dios será pasado mañana, el día de la resurrección. Después de haber cargado el Anda, no iré al mar, como si todo este misterio haya acabado en la muerte, sino que me retiraré a un lugar silencioso o en un rincón de mi casita, para meditar sobre todas estas cosas; para aprender todas las importantes lecciones y, sobre todo, para preparar mi corazón, que se haga capaz de acoger la explosiva alegría de pasado mañana.

SÁBADO SANTO

Toda la creación estaba en suspenso, aquella noche. ¿Cómo será el final de la lucha entre la muerte y el señor de la vida? Hasta los árboles del bosque se preguntaban cómo el ser humano, el más inteligente de las criaturas, haya podido hacer una cosa tan irracional; matar al señor de la vida, ¡en el cual, por el cual y para el cual todo ha sido creado! Los seres humanos se alejaron tanto de la verdad y de la bondad, que se atreven a matar a sus semejantes; ¡llegando a matar incluso al autor de la vida! Pero el señor de la vida es fuente de amor y ¡el amor es más fuerte que la muerte!

“Señor, en estos días, con más dramatismo que los otros días de tu vida terrenal, me has enseñado cómo y dónde tengo que ubicarme en esta vida. No he sido creado pecador, pero quise serlo, pervirtiéndome hasta producir toda la maldad que, en estos días, se ha concentrado en los autores intelectuales y materiales de tu asesinato, Jesús. Con mis pecados, yo también grité que te crucificaran”.

Nunca se me ocurra atribuir a Dios el mal de esta tierra. De Él solo el bien viene, todo el mal es producido por el uso irracional de la libertad humana; y las consecuencias dramáticas que se originan de este mal uso, son consecuencias lógicas de decisiones ilógicas de parte del ser humano.

“Así, la muerte tuya, Señor, no viene de un plan querido por Dios, sino es el ejemplo más trágico de ese mal uso de la libertad humana”.

Este sábado de meditación, estoy aprendiendo tantas cosas. Tengo que investigar de dónde se origina el mal que durante la vida afecta a mí o a otros, descartando absolutamente que el origen sea la voluntad de Dios. En adelante, ante la muerte de un niño o ante cualquier desgracia, nunca más diré “es voluntad de Dios”. Siempre tendré que investigar; pediré la ayuda de la ciencia, si es necesario. Y tendré que denunciar la persona que causan males graves; no con la intención que se pudran en la cárcel sino solo para que “se conviertan y vivan”, como quiere Dios (cfr. Ez. 18, 23); entonces, entiendo lo que dijo San Juan Pablo II: la justicia se convierte en el primer acto de caridad, hacia los inocentes que podrían ser ofendidos en futuro y hacia el mismo delincuente, que tendría la posibilidad de convertirse y vivir.

“Todo esto, Señor, me lo enseñaste ayer, cuando desde la cruz perdonaste a los que te estaban matando, riéndose; también,

cuando te llevaste al paraíso al “ladrón y asesino” agonizante junto a Ti”.

¡PASCUA DE RESURRECCIÓN!

¡Ha resucitado el Señor aleluya, verdaderamente ha resucitado! “¿Qué has visto de camino, María, en la mañana? \ A mi Señor glorioso, la tumba abandonada.\ Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!”.

Dios Padre que, en su infinita paciencia, había tolerado (ni querido ni permitido, solo tolerado) que los hombres maltrataran tanto a Jesús, ahora, lo hace triunfador, enjugándole las lágrimas y sanándole las heridas. “Para los que aman a Dios, todo se vuelve positivo” (cfr. Rom. 8, 28). Es la metodología de la divina providencia: en ocasión de la maldad humana, el Padre interviene en favor de la justicia, la verdad, el amor, y, con su divina creatividad, produce una realidad nueva, que compensa con creces el acontecimiento negativo (cfr. CIC, 312). Hoy, es el día en que Jesús demuestra ser el Señor, triunfador sobre todo mal, incluyendo la muerte, la última enemiga en ser derrotada (cfr. Audiencia pública del Papa emérito Benedicto XVI, 30. 1. 2013).

Es importante resaltar que, por ser enemiga de Dios, es absurdo pensar que la muerte de Jesús en la cruz haya sido un plan del Padre. El plan del Padre existía ciertamente, y se realizó en estos acontecimientos de la pasión, pero no era de muerte sino de vida: “ustedes lo mataron, pero Dios lo resucitó” (Hech. 4, 10). El plan del Padre era velar por el triunfo de Jesús y por nuestra salvación, que el inmenso amor de Jesús causó.

“Gracias, Padre, por tu plan de vida; gracias, Jesús, por tu generosidad humana y divina; gracias, Espíritu Santo por recordármelo todos los días de mi vida “hasta que Él venga”. Me siento triste, consciente que mis pecados se juntaron a los de los fariseos para tratarte con tanta crueldad; sin embargo, hoy, la felicidad me embarga, contemplando tus llagas gloriosas de resucitado. Renuevo mis buenos propósitos de querer seguir tus huellas: pasar en este mundo anunciando la buena noticia a los pobres, consolar a los afligidos y liberar a los oprimidos ¡cueste lo que cueste!”

¡Ha resucitado el Señor, aleluya; verdaderamente ha resucitado!

PARTE VII

Capítulo 11

Gran parte de todo lo escrito hasta aquí se inspira a la teología escotista del PRIMADO ABSOLUTO Y UNIVERSAL DE CRISTO.

Cabe, entonces, al final de esta aventura, dar una mirada breve a esta doctrina, a la cual Juan Pablo II llamó “espléndida doctrina”, y de la cual Papa Benedicto XVI habló en una audiencia general.

A MODO DE INTRODUCCIÓN.

En la plenitud de los tiempos, es decir, cuando la humanidad estaba finalmente capacitada para entender “los signos de Dios”, ocurrió la plena visibilidad del plan de salvación, la Encarnación.

Todo lo que ocurrirá en la vida de Jesús, desde la encarnación, es el desarrollo del plan de amor de Dios. Cuando trabajaba silenciosamente en el taller de Nazaret nos gestaba comunicando la salvación. Cuando empezó a predicar el Reino de Dios nos estaba comunicando la salvación; y ciertamente, cuando moría en la cruz, enseñándonos que el amor debe ser siempre fiel, nos estaba comunicando la salvación de la forma más visible; y cuando resucitó, nos estaba comunicando la salvación de forma definitiva. La humanidad, entonces, tendrá la plena libertad y posibilidad de seguir el camino, la verdad y la vida, que es el camino de amor hacia Dios, amor infinito, incondicional, libérrimo y gratuito. El pecado humano desde el principio ha obstaculizado este plan, pero el amor de Dios es más fuerte que la muerte y ha vencido el pecado para siempre, en-por y para Jesucristo.

No se trata de una salvación sólo moral sino ontológica y transcendente, desde el momento que en la creación hemos sido injertados en la Persona de Jesucristo, hombre y Dios (Cfr. Ef. 1, 4 – 10 y Col. 1, 15 – 20).

En la visión tradicional, el pecado tenía tanto protagonismo como para provocar la misma encarnación; sin pecado, no habría habido encarnación. Además, toda la vida de Cristo estaba en función del pecado, y Jesucristo tuvo que someterse a una muerte cruel por exigencia del pecado, y la vida nueva se nos ha dado gracias al pago por el pecado.

En cambio, en la nueva interpretación de Duns Escoto, **protagonista es el amor de Jesucristo**; el pecado ha sido aniquilado por su amor, que nos ha revelado y aplicado la misericordia gratuita del Padre.

Según la teología del Beato Fray Juan Duns Escoto, Jesucristo ha sido creado no para el pecado sino para ser fuente de vida plena para la humanidad (cfr. Ef. 1, 3-10; Col. 1, 15-20 y Jn. 10, 10); el pecado ha sido un accidente, al cual Jesús hizo frente y lo venció.

El beato Fray Juan Duns Escoto nació en la ciudad de DUNS, Escocia, 1266. Murió en Colonia, Alemania, el 8 de noviembre de 1308.

Fue enterrado en la iglesia Minoriten, de Colonia, y el epitafio de su tumba dice: “Escocia me engendró; Inglaterra me recibió. Francia me enseñó, Colonia me custodia”. Fue un estudioso escocés (Scoto) perteneciente a la escolástica. Ingresó en la orden franciscana y estudió en Cambridge, Oxford y París; fue profesor en estas dos últimas universidades. La sutileza de sus análisis filosóficos y teológicos le valieron el sobrenombre de «Doctor Sutíl» y, por haber defendido la inmaculada concepción de María, también el título de “Doctor mariano”. Se le veneró por siete siglos, sin mediar canonización. El 20 de marzo de 1993, el Papa Juan Pablo II reconoció su culto como Beato. Benedicto XVI presentó su teología en la audiencia general del 7. 7. 2010.

Entre sus obras destacan *Ordinatio (Opus oxoniense)* y *Reportata parisiensia (Opus parisiense)*.



Nacimiento	<u>1266</u> <u>Duns (Escocia)</u>
Fallecimiento	<u>8 de noviembre de 1308</u> <u>Colonia (Alemania)</u>
Venerado en	<u>Iglesia Católica</u>
Beatificación	<u>20 de marzo de 1993</u> por <u>Juan Pablo II</u>
Festividad	<u>8 de noviembre</u>

La teología tradicional es pecado-céntrica y se fundamenta sobre la afirmación que el **motivo de la encarnación fue el que Cristo muriera en la cruz para salvarnos del pecado**. Esta explicación teológica tradicional se ajusta cada vez menos a la cultura y espiritualidad del siglo XXI, la cual repudia, con razón, una cultura de castigos y decisiones tiránicas y antojadizas. Afortunadamente, son posibles otras explicaciones, porque el Espíritu Santo “hace nuevas las cosas”.

Como hemos ya adelantado, la teología de la encarnación del Beato Fray Juan Duns Escoto da un fundamento sólido a la nueva imagen de Dios.

Capítulo 12

EL PRIMADO ABSOLUTO Y UNIVERSAL DE CRISTO

1. A la nueva explicación teológica de la encarnación el Beato Fray Juan Duns Escoto la llama **Primado absoluto y universal de Cristo**, porque a la pregunta “por qué se encarnó Cristo”, el Beato Fray Juan Duns Escoto responde: “Porque Jesucristo fue el **primer concebido** en la mente de Dios, antes de todos los otros seres creados”.

No es posible, decía el Beato Fray Juan Duns Escoto, que la realidad más preciosa que tiene la humanidad, Cristo, haya venido por la realidad negativa del pecado, que es tan sólo un accidente. San Pablo, en los dos pasajes siguientes, ya citados arriba, da los fundamentos bíblicos de la visión escotista.

2. “¡Bendito sea Dios, Padre de Cristo Jesús Nuestro Señor, que nos bendijo desde el cielo, en Cristo, con toda clase de bendiciones espirituales!” **En este Cristo, Dios nos eligió desde antes de la creación del mundo, para andar en el amor y estar en su presencia sin culpa ni mancha. Determinó desde la eternidad que nosotros fuéramos sus hijos adoptivos por medio de Cristo Jesús. Eso es lo que quiso y más le gustó, para que se alabe su gloria, por esa gracia suya que nos manifiesta en el bien amado. Pues en Cristo la sangre se derramó para nuestra libertad y nos merece el perdón de los pecados. En esto se ve la inmensidad de su gracia, que Él nos concedió con toda sabiduría e inteligencia. Y ahora, Dios nos da a conocer este proyecto misterioso, esta libre decisión que tomó desde antes, para ponerlo en ejecución cuando llegara la plenitud de los tiempos. Todas las cosas han de reunirse**

bajo una sola cabeza, Cristo, tanto los seres celestiales como los terrenales”, (Ef 1, 3-10).

“Él es la imagen de Dios que no se puede ver, el Primogénito de toda la creación, ya que en él fueron hechas todas las cosas; las del cielo y las de la tierra; lo visible y también lo invisible; gobiernos, autoridades, poderes y fuerzas sobrenaturales. **Todo está hecho por medio de Él y para Él. Él existe antes de todas las cosas y todo se mantiene en Él.** Él también es la cabeza del cuerpo, es decir, la Iglesia, Él es el principio y renació antes que nadie de entre los muertos para tener el primer lugar, porque así quiso Dios que la plenitud permaneciera en Él. Por Él quiso reconciliar consigo todo lo que existe, y por Él, por su sangre derramada en la cruz, Dios establece la paz tanto sobre la tierra como en el cielo”, (Col. 1, 15-20; cfr. también: Rom. 8, 28-30; Hbr. 1, 1-4; 1 Juan 2, 4-6; Ap. 22, 13; Lg. 62; Gs. 10; De Civitate Dei 10,32).

Encarnación y Redención “se besan”.

¿Cómo concebir que Cristo creado “antes de la creación del mundo” se aparece en la Historia quince mil millones de años después? En Dios todo es presente, y lo primero en Él es primero siempre. Jesús fue primero en su plan de creación. En la cronología humana es reciente, es cierto, pero, a menudo, lo primero en la intención es lo último en la ejecución.

Una parábola puede ayudar a nuestra imaginación.

Pensemos en una madre, cuando el hijo que está estudiando en otro país le dice que mañana llegará a la casa, porque tiene una semana de vacaciones. La madre se pone en frenética actividad para prepararle un rico almuerzo de bienvenida. Encarga la mejor carne, va al mercado, pasa invitando a familias amigas; la gente no entiende por qué tanto movimiento. Solo, a las 12 del medio día, al ver llegar

el hijo a la casa, entiende. En la mente de la madre, primero estaba el hijo, y después todo lo demás; pero la gente vio lo contrario.

Lo primero en la intención fue lo último en la ejecución.

El primado absoluto y universal de Cristo que fue lo primero en la mente del Padre fue aplazado en la evidencia de nuestra historia. El primero en la cronología divina fue aplazado en la cronología humana; un misterio desde el principio y revelado solo “en la plenitud de los tiempos”.

El Beato Fray Juan Duns Escoto sostiene que Jesucristo vino no por el pecado sino para **tomar su lugar de ser el primero**, el modelo de toda criatura: “el camino-verdad y vida” del mundo. El guía para la humanidad destinada a la **“gracia y a la gloria y a ser partícipe de la naturaleza divina”**.

De manera que Cristo habría venido, aunque el ser humano no hubiese pecado, porque la razón de su venida no fue el pecado. Más bien la pregunta es: ¿Si Cristo no hubiese existido, habría existido el ser humano?

Esta fue la intuición que cambia radicalmente el planteamiento tradicional, según el cual Cristo ha venido “para salvarnos del pecado, muriendo en la cruz”.

La del Beato Duns Escoto es una explicación Cristo-céntrica no pecado-céntrica, por ser Jesucristo (el Verbo encarnado) el protagonista de toda la historia.

Cristo pues fundamenta, promueve, salva y transfigura al ser humano, actuando como levadura vital. Toda aspiración humana y cristiana tiene en esta hipótesis sus definitivas y más profundas razones.

Resumiendo el pensamiento del beato fray Juan Duns Escoto:

54

1. *Dios es amor in-condicional, originario, libérrimo, ordenado y gratuito.*
2. *Queriendo pre-destinar a seres humanos a ser partícipes de su divina naturaleza (=co-amadores).*
3. *Pre-destinó primero a la gloria al que es más cerca del fin (Cristo es criatura ya partícipe de la divina naturaleza).*
4. *En Él, por Él y para Él predestinó a todos los demás seres humanos **"a la gracia y a la gloria"**.*
5. *Previendo la caída de los seres humanos, pre-destinó a Cristo como **redentor** también.*
6. *La encarnación de Cristo es la obra suma de Dios.*

(Opus oxoniense III, d. 7, 99; XIV, 248-359 y Reportationes).



Monumento al Beato Fray Juan Duns Escoto
Duns, Leicester Park, al sur de Escocia, 20 de mayo 2009

Capítulo 13

LA PREDESTINACIÓN

No significa “voluntad arbitraria y despótica” sino: pre-ordenación. Es una de las palabras-clave para entender el Primado de Cristo.

Es la pre-ordenación de Cristo a la gloria. Es gratuita y procede del amor libérrimo de Dios.

Cristo es el primer predestinado; en Él, por Él y para Él, todas las demás criaturas han sido pre-destinadas. Dios quiere ordenadamente. Por lo tanto, primero predestina a aquél que está más cerca del fin, Cristo, siendo Él “criatura ya partícipe de la divina naturaleza.” Si es gratuita la predestinación, no depende de nada fuera de Dios, mucho menos del pecado. **Todo ha ocurrido independientemente del pecado;** aunque, en el orden concreto de la encarnación en tiempo y espacio, Dios no se desentendió del pecado; como una mamá no se desentiende de la caída de su niño, aunque cáiga por su culpa e “imprevistamente”; y nos ha liberado de su dominio.

“Él que es primero es arquetipo”, era un principio admitido entre los teólogos medievales. Dios quiso a Cristo como arquetipo, fuente y término de referencia y único mediador con Él. El orden natural es en vista del orden sobrenatural, ambos tienen su principio y su fin en Jesucristo.

El universo y el ser humano son queridos en función de Cristo, no viceversa, porque **Él es el amante perfecto;** y Dios quiso crear co-amadores. Nos da un gran impulso saber que el sentido de nuestra vida es “amar, con nuestra libertad”.

La predestinación es acto y fruto del amor gratuito de Dios.

En el principio era el amor.

El amor, para Duns Escoto, es sinónimo de libertad y voluntad, en el contexto de la verdad.

Dios es el fin (y principio) de todo, también de la creación y de la predestinación. Por lo tanto, el producto más sublime del amor de Dios *ad extra* ha de ser un amante excelso, capaz de amar a Dios perfectamente, como respuesta perfecta al amor creador.

El amor es el valor sumo y fundamental tanto del ser y de la actividad de Dios como de la criatura racional.

Toda la vida de Cristo es respuesta de amor al amor del Creador (¡“hágase, Padre, tu voluntad”!).

La historia de la salvación es historia sagrada, o sea: *expresión de la libertad divina que acompaña amorosamente a su criatura - pueblo.*

No existen dos órdenes de salvación: uno, antes del pecado y otro después del pecado. Un solo orden. Pablo VI dirá: “la línea de la creación es la misma de la salvación”.

El primado de Cristo se sitúa al interior de la misma densidad ontológica de todas las realidades creadas (vestigios, huellas, imágenes) y en el valor salvífico que Dios produce en ellas (todo es lugar teológico).

Una consecuencia importante es que la muerte en cruz ya no es el fin de la encarnación, como se entiende comúnmente, sino la expresión suprema de amor del sumo amante, Cristo, por cuyo amor todos hemos sido llenados de “vida en abundancia” (Jn. 10, 10).

Es interesante que también Santo Tomás y San Buenaventura creían posible la tesis del Primado absoluto de Cristo (ya se hablaba de ello),

sin embargo, prefirieron la doctrina según la cual Cristo vino por el pecado, porque, decían, es más acorde con la Escritura y la piedad del pueblo cristiano.

El pecado no es ruptura total: permanece siempre la orientación sobrenatural en Cristo. Y Cristo, según la voluntad predestinante de Dios, es inmovible fundamento de la divinización (los Padres Latinos la llaman adopción) desde el inicio de las obras de Dios. Ninguna criatura puede hacer ineficaz o reversible el plan divino.

¡Dios es fiel!

La voluntad sumamente moral de Dios (Él se mueve por amor y verdad) ama y decide únicamente como donación. En Él existe una **ratio** (causa interna) para crear, no un motivo (causa externa).

El presupuesto de la encarnación, pues, no es el pecado y su redención, sino el amor libre de Dios. Y el efecto es la elección sobrenatural de los co-amadores, su divinización en Cristo.

La encarnación entonces no es para la reparación de un acto pecaminoso (con un sacrificio expiatorio) sino: la orientación total y originaria de la humanidad entera hacia la divinización. Y la redención no es el apaciguamiento de un Dios enojado, intransigente, sino la expresión máxima de amor, de la humanidad en Cristo, que acoge, según su máxima posibilidad, el perdón originario y total de Dios (el hijo de la parábola del hijo pródigo, acogido por el padre que no exige ni siquiera una explicación por el pecado, lo simboliza).

La encarnación, en la mente de Dios, primero, y en la historia, después, no es la superación de una deficiencia de orden moral sino la elevación sobrenatural y la superación divina de la “deficiencia metafísica” del ser humano; por lo cual: de pura criatura ha sido hecho partícipe de la divina naturaleza en Cristo (el cual ya era así

por tener las dos naturalezas); pasando a ser para la humanidad: origen, camino y término de la “transfiguración humana”.

Para el Beato Duns Escoto, pues, la redención está enmarcada dentro del gran cuadro de la encarnación. Juan Pablo II dijo: “La redención es una parte importante de la salvación”.

En esta diferente perspectiva: la superación de la deficiencia moral (según San Anselmo), y la superación de la deficiencia metafísica de la creatura (según Duns Escoto) es donde las dos concepciones (anselmiana y escotista) evidencian su diferencia profunda.

Todo lo que ocurre en la vida de Cristo es la encarnación en su devenir, en su desarrollo histórico en vistas de alcanzar el ésjaton, la resurrección, el paso a la dimensión divina.

En este sentido, la Misa transmite la fuerza originaria y transformante del amor de Dios en Cristo.

El gran avance teológico del Beato Duns Escoto fue el de ubicar la relación con Cristo en la dimensión ontológica, además que en la dimensión moral.

El Beato Duns Escoto no se detuvo a esclarecer el concepto de redención. Tal vez, se puede decir que la redención ha sido la aplicación, en el tiempo apropiado, del amor “fontal” (de: fuente) de Cristo en su primado, amor salvador y restaurador.

El amor de Cristo es manantial, norma y vida de todos los demás amores. Es su arquetipo, motivo y fin. Es el paradigma de todas las otras respuestas de amor.

RECORDEMOS: la predestinación es un acto libre y gratuito de Dios; procede de su iniciativa soberana y es manifestación sobrenatural de su bondad que quiere comunicarse.

Expresión perfecta de esta comunicación es Jesucristo (y nosotros en Él, por Él y para Él). El amor de Jesucristo en la cruz es respuesta excelsa al amor de Dios, no reparación “de condigno” (adecuada), como en la visión anselmiana.

Queda así descartado todo antropologismo y amartiocentrismo (=pecado-centrismo), pues todo bien, de principio a fin, depende del amor libre, originario y gratuito de Dios, y de la respuesta excelsa de Jesucristo. Él es la razón tanto del “exitus a Deo” (salida de Dios) como del “reditus ad Deum” (retorno a Dios).

Incluso, la ciencia, la economía, el arte tienen su punto de referencia y de discernimiento en Cristo.

RESUMIENDO

Desde siempre hemos pensado según la teología anselmiana del “Cur deus homo” (=por qué Dios se ha hecho hombre) cuyos cuatro postulados son los siguientes:

1. Fue necesario redimir al hombre que había pecado
2. Tenía que ser redimido por satisfacción **de condigno** (=adecuada a Dios)
3. La satisfacción podría ser realizada sólo por un Dios – hombre
4. El medio más adecuado era la encarnación, la pasión y muerte de Jesucristo.

Sin embargo, resumimos, el Beato Fray Juan Duns Escoto sostuvo que es absurdo el que la realidad más grande de la humanidad y de la historia, que es la existencia de Jesucristo, haya sido originada por algo accidental y negativo como es el pecado. Y formuló una nueva hipótesis, articulada de la siguiente manera:

1. Dios, que es amor, queriendo predestinar a creaturas para que fueran partícipes de su divina naturaleza (co-amadores),
2. Predestinó primero al que es más cerca del fin (Jesucristo, quien ya es partícipe de la divina naturaleza),
3. En Él, por Él y para Él predestinó a todos los demás seres humanos “a la gracia y a la gloria”;
4. Previendo la caída de los demás seres humanos, predestinó a Jesucristo como redentor también.
5. La encarnación de Jesucristo es la obra primera y suma de Dios.

La doctrina del Primado de Cristo constituye el centro de la esencia misma del misterio de la salvación. Duns Escoto supera el principio platónico del “*bien difusivo de sí*”, en aras de **la libertad absoluta de Dios**. La historia de la salvación no se entiende si no vemos en ella **la actuación concreta del amor-libertad de Dios**. El amor libre de Dios es el principio de cada cosa; es la explicación última **del orden de la salvación que comprende naturaleza y gracia**.



Monumento a Fray Juan Duns Escoto
Duns, Leicester Park, al sur de Escocia, 20 de mayo de 2009
(Un beso de cariño y admiración)

Benedicto XVI, al concluir la presentación que hizo de la teología del PRIMADO, en la audiencia pública del 7 de julio de 2010, dijo: “Queridos hermanos y hermanas, esta visión teológica, fuertemente -cristocéntrica-, nos abre a la contemplación, al estupor y a la gratitud: Cristo es el centro de la Historia y del cosmos, es quien da sentido, dignidad y valor a nuestra vida”.